

XVIII
1690(3)

**EL BUEN REY:
SERMON
PREDICADO EN LAS HONRAS
QUE HIZO EL TRIBUNAL
DE LA SANTA INQUISICION
DE VALENCIA**

EL DIA SEIS DE MAYO DEL PRESENTE AÑO
POR EL ALMA DEL SEÑOR REY

CARLOS III.

(DE BUENA MEMORIA)

*Por el M. R. P. Fr. Andres de Valdigna , Ex-Lector
de Teología , Ex-Provincial del Orden de Capuchinos,
Calificador del Santo Oficio , Inquisidor Ordinario de la
Diócesis de Valencia, y Académico Honorario de la
Real Academia de San Carlos de dicha Ciudad.*



CON LICENCIA : EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE BENITO CANO.
AÑO DE MDGCLXXXIX.

(3)

Non recedet memoria ejus, & nomen ejus requiratur a generatione in generationem.

Eccli. xxxix. 17.

Españoles, Españoles, cuyo valor, piedad y religion no cabiendo dentro de nuestra Península, las habeis propagado y establecido en Africa, en las dos Américas y en el Asia: hoy no es día de celebrar vuestras proezas, es día, sí, de llorar nuestras desgracias. El Tribunal del Santo Oficio, que en el Cuerpo de nuestra Nacion justamente ocupa el lugar de los ojos que la dirigen, la avisan y la manifiestan el camino por donde debe encaminar sus pasos en la fúnebre demostracion que hoy tenemos á la vista, me dice hácia donde debo dirigir mi discurso, y vosotros toda vuestra atencion. Todo este aparato fúnebre y doloroso se encamina á recordarnos el suceso del día 14 de Di-

a 2

ciem-

(4)

ciembre del año próximo pasado de 1788. En aquel día, que para nosotros siempre será día de calamidad y de amargura, el Omnipotente, el Señor de la vida y de la muerte, el Sapientísimo en sus providencias arrancó el alma de nuestro amado Rey CARLOS III. de este suelo y region de muerte, para trasplantarla á la patria y region de los vivientes, segun piadosamente esperamos de la divina bondad. Este suceso dolorosísimo ha hecho gran sensacion en las quatro partes del mundo; pero en el ánimo de los Españoles ha hecho una brecha muy grande, igual al amor que teniamos á nuestro amado y augusto difunto. ¡O qué pena! De un golpe hemos perdido al Padre de la Patria y de la Nacion Española, al protector de las ciencias, al infatigable promovedor de las artes, de la industria, de la agricultura y del comercio, al studiosísimo de la paz y de la tranquilidad pública y privada de sus vasallos, al remunerador liberal de sus virtudes y méritos, al perseguidor de los vicios, al socorredor de pobres, al honra-

dor

(5)

dor de la Santa Iglesia, al piadosísimo en el culto de la Virgen María, al zelosísimo de la honra de Dios, y al que no reynó para sí, sino para hacer bien á sus vasallos, empleando en esto su prudencia, su beneficencia, su dulzura, su clemencia, su mansedumbre, su paciencia y todas las virtudes con que Dios adornó su grande alma, para gloria del trono de España. ¡O qué pérdida experimenta la Nacion Española en la muerte del gran CARLOS III! Esta es la desgracia (bien merecida por nuestros pecados) en que fuimos envueltos el día 14 de Diciembre. Permítaseme que diga lo que otro (a) muy lleno de dolor: No sea computado en adelante el mes de Diciembre entre los que componen el año, ni aquel día entre los que componen los meses, ni aquella hora entre las que componen el día, pues en tal hora, en tal día y en tal mes quedamos huérfanos de tal Padre, privados de tal Protector, Bienhechor, Remunerador y Pacifica-

dor;

(a) Non computetur in diebus anni, nec numeretur in mensibus. *Job III. 6.*

(6)

dor, y destituidos de tantos bienes, que bien podemos decir sin exágeracion, que perdiendo á CARLOS III. lo hemos perdido todo. ¿Qué consuelo queda para nosotros en esta adversidad? No nos ha dexado la benignidad de Dios sin consuelo. Tenemos mucho con que consolarnos. La memoria de las virtudes del gran CARLOS III. altamente impresa en nuestro corazon, es un poderoso motivo para consolarnos en su tránsito. Bien podemos decir de esta gloriosa memoria lo que el Espíritu Santo dice de la del verdaderamente Sabio: *Non recedet memoria ejus, & nomen ejus requiretur a generatione in generationem*. La muerte comun á los hijos de Adan, y estipendio de su pecado, segun la expresion del Apóstol (b), ha acabado con la vida de nuestro Monarca, y ésta con una buena parte de la nuestra: le ha obligado á salir de este mundo, como salen todos los hombres, ya sean ignorantes, ya sabios, ya débiles, ya robustos,

ya

(b) *Stipendia enim peccati, mors. D. Paulus ad Rom. cap. 6. v. 23.*

(7)

ya pequeños, ya grandes, ya vasallos, ya Principes. De un mismo modo hemos entrado todos los hombres en este mundo, y de un mismo modo salimos de él (c). De un mismo modo comenzamos á vivir, y de un mismo modo acabamos con la vida. El verdadero epitafio que el Espíritu Santo escribe en el sepulcro de todos los hombres, no es otro que este: *Et mortuus est* (d). Este es el epitafio que se halla en el sepulcro de Adan, en el de Sen, en el de Lamec, en el de Noé, y por decirlo brevemente, este es el epitafio que comprehende á todos los hombres, no solamente á los viciosos, sino tambien á los virtuosos. Con la muerte acaban los vicios de los impios, y con la muerte acaba el ejercicio y práctica de las virtudes de los piadosos. *Et mortuus est*. Esto es lo que puede hacer y hace la muerte con todos los hombres: y esto es lo que ha hecho con nuestro amable y amado Rey CARLOS III. Llegó este

te

(c) *Unus ergo introitus est omnibus ad vitam, & similis exitus. Sap. VII. 6.*

(d) *Et mortuus est. Gen. V. 8. 11. 14.*

(8)

te á los 73 años de su edad, y á los 30 del reynado de España, y aunque de edad pro-
vecta todavía esperábamos gozar por mas
tiempo de su honesto, dulce, justo y benéfi-
co gobierno. Pero la muerte ha hecho lo que
suele. Impensadamente nos ha privado de su
gobierno, de las ventajas y adelantamientos
que éste nos prometia, del exemplo de sus
virtudes, de su presencia, de su consuelo, y
de su preciosa vida. *Et mortuus est.* Pero no
nos puede privar de su memoria, porque Dios
quiere que sea eterna la de los Justos (e), que
sus cuerpos sean sepultados en paz, que sus
nombres vivan para siempre (f), pasando de
una generacion á otra, para que todos con
la noticia de sus virtudes sean estimulados á
la imitacion, sirviendo á los viciosos de una
severa reprehension de su conducta, y á los
virtuosos de exemplar y dechado para que
formen la suya. Esta honrosísima memoria
del Señor CARLOS III. no está sujeta á la
muer-

(e) In memoria æterna erit justus. *Ps.* lxxv. v. 7.

(f) Justi autem in perpetuum vivent. *Sap.* V. 16.

(9)

muerte ni á la común suerte de los mortales.
Este es uno de los motivos que tenemos pa-
ra consolarnos y enxugar nuestras lágrimas
en la muerte de nuestro amado Rey. Esta
memoria, que sin adulacion es muy glorio-
sa, hará presente á las generaciones venide-
ras, que CARLOS III. FUÉ BUEN REY.
Esta es la proposicion del asunto.

El amor universal y constante que todos
los vasallos profesaban á nuestro difunto, sos-
pecho que no se contentará de la proposicion
que me ha de servir de norte en este discurs-
so, reputando por un elogio muy corto de
nuestro difunto Monarca el decir, que fué
BUEN REY. A la verdad, ni con este ni con
otro elogio, aunque sea mucho mayor, se
puede contentar mi afecto, pareciéndome to-
do poco y muy limitado para dar una idea á
mis oyentes del gran CARLOS III. No obs-
tante, si consideramos atentamente algo de
lo mucho que comprehende esta proposicion,
CARLOS III. FUÉ BUEN REY, creo que
hallaremos bastantes motivos para elogiarlo,
si no plenamente segun nuestro afecto, á lo

b

mé-

(10)

ménos para que no queden enteramente defraudados nuestros deseos. Y para ello no me valdré de otras noticias que de las que son muy comunes y notorias; y por eso ménos expuestas ó á la equivocacion ó á la adulacion; que en semejantes ocasiones son escollos en donde tropiezan los mas de los Oradores; y con todo eso protesto como debo, que de las virtudes bien conocidas que formáron en CARLOS III. un Buen Rey, no hablaré sino de aquel modo que le es permitido á la razon y á la piedad christiana, sin darles otra superior calificacion reservada al juicio de la Santa Iglesia Católica. Y en este sentido digo con mucho gusto y consuelo de mi espíritu, que nuestro amado difunto fué Buen Rey. Para serlo es menester que supiese bien y practicase con mucho estudio el arte de regirse bien á sí mismo, y gobernar bien á sus vasallos. Esto es lo que hace buenos á los Reyes (g), y esto es lo que hizo Buen Rey á CAR-

(g) :::: Tunc omnia jure tenebis cum poteris Rex esse tui :::: Claud. in Pan. Theod.

(11)

CARLOS III. Y por lo que toca á lo primero que consistió en regirse bien á sí mismo, no solo lo supo exáctamente nuestro amado CARLOS III., sino que lo practicó con firmeza y constancia admirable en todas las acciones de su vida privada y pública, y en las que mayor influencia podian tener en el gobierno de sí mismo, las cuales deben formar el ánimo de un Rey, que elevado á la eminencia del trono es mirado de todos sus vasallos, y observado como un dechado que debe ordenar la conducta de todo su pueblo. Este proceder, carácter de todos los Superiores, así eclesiásticos como seculares, encargado de Dios para desterrar con su conducta los vicios de los súbditos, y promover la práctica y ejercicio de todas las virtudes christianas, así como es de gran recomendacion para los Superiores, y los hace dignos de los elogios, de la atencion y del respeto de sus súbditos, así es muy difícil de conseguir este grado de virtud que los hace irreprehensibles, y nunca se llega á él sin un profundo estudio de regirse bien á sí mismos. Esto que es tan

b 2

di-

(12)

difícil como necesario en todos los Superiores indistintamente, es mucho mas preciso en los Príncipes Soberanos, á quienes la suprema autoridad así como les hace acreedores de la obediencia, de los respetos, de los tributos y del amor de sus vasallos, así por la corrupcion del corazon les pone su ánimo mas distante á rendirse á la subordinacion y obediencia de la ley del Evangelio, sin la qual nadie puede regirse bien ni honesta y fructuosamente á sí mismo. El trono y la soberanía está rodeado de quanto lisongea las pasiones del ánimo, y de quanto facilita los medios para contentarlas, en tanto grado que un Príncipe que quiere regirse bien á sí mismo, y hacerse dueño de sus pasiones, encuentra mayores dificultades para conseguirlo que qualquier otro Superior de inferior grado, y aun que qualquier hombre particular. Esta empresa de regirse bien á sí mismo, ardua para todos, pues no se abraza ni exerce sin violencia propia, mas ardua para los Superiores, y sumamente difícil para los Soberanos, fué la ocupacion principal de nuestro difunto Rey

CÁR-

(13)

CÁRLOS III. Qualquiera que sin preocupacion considere la vida de este Príncipe y su conducta, la encontrará modesta con simplicidad, arreglada sin afectacion, virtuosa sin hazafia, piadosa sin tibieza, y toda ella sembrada de las virtudes christianas, que forman el carácter de un Soberano accesible, afable, piadoso, honesto y zeloso del bien de sus vasallos, como lo fué sin duda CÁRLOS III. Todas estas virtudes y otras muchas que resplandeciéron en la vida de nuestro Católico Monarca, ni se adquieren, ni se poseen, ni despues de poseidas se conservan sin un continuo estudio de enfrenar las pasiones, y de sujetar el ánimo al imperio de la razon, y la cerviz al yugo de la santa Ley de Dios, y sin una noble porfia y empeño de regirse bien á sí mismo.

Esta empresa indispensable para alcanzar qualquiera virtud que sea, se hace mucho mas precisa y ardua para conseguir las que directamente se oponen y encaminan á sujetar las pasiones mas fuertes, y los vicios mas poderosos, quales son la ira, la impaciencia y la incontinencia. Estos enemigos, que

se

(14)

se han hecho dueños de la mayor parte de los hombres, extienden su tiranía hasta los corazones de los Príncipes, que incautamente les dan entrada en ellos, poniendo en su mano el poder y la autoridad, con la qual debían sujetarlos y rendirlos al imperio de la razon. Desórden temible en qualquier hombre, y mucho mas en los Soberanos, los quales si en vez de entregar su corazon á Dios, se lo entregan á Belial, destruyen sus Reynos, y arrancan de ellos hasta los cimientos de la virtud. Quán solícito y vigilante anduviese nuestro Rey en oponerse á estos monstruos, fácilmente se descubre, si atendemos á las acciones ya públicas, ya privadas de su gobierno: en el qual no se advierte que tuviesen lugar en su corazon ni la ira, ni la impaciencia, ni la incontinencia, que sin duda son los mayores obstáculos que tuvo el Rey que vencer para regirse bien á sí mismo. La ira ordinariamente indómita, y que son muy raros los que llegan á hacerse dueños de ella, la tuvo nuestro Católico Rey difunto muy sujeta. Su temperamento léjos de inclinarle á la mansedum-

bre,

(15)

bre, era ardiente, sanguíneo, y muy dispuesto á recibir las impresiones que hacen los objetos desagradables, los quales con facilidad inflaman el ánimo. Pero lo que no hacia el temperamento, ni del que tenia nuestro Monarca se podia esperar, lo hizo el amor á la mansedumbre, y el continuo cuidado en dominar la pasión fiera de la ira, sin que en los muchos años de su reynado, y en poco menos que innumerables acaecimientos desagradables y sensibles se le hubiese visto ni una sola vez que la ira mandaba en su corazon. En unos dominios tan dilatados como los del Rey de España, la mayor parte de ellos ultramarinos, algunos distantes de la Corte centenares de leguas, y otros millares, es inevitable queden sin efecto muchas de las providencias del Soberano, por mas urgente é indispensable que sea su execucion ó á la Real Hacienda, ó á la Administracion de justicia, ó al Estado. Ello es necesario, atendida la corrupcion del género humano, que haya (b)

es-

(b) Necesse est enim ut veniant scandala, Matth. XVII. 7.

(16)

escándalos. Es moralmente imposible que no haya transgresores de las leyes mas saludables, así divinas como humanas (1). La ambicion, la avaricia, la envidia, la torpeza, la ociosidad, y todos los demas vicios que se pasean triunfantes por todo el mundo, quando llegan á ser muy comunes, los que los abrigan en su corazon creen haber llegado á la prescripcion y á la impunidad. Todos estos vicios son otros tantos estorbos que se oponen á la execucion de las providencias mas justas y necesarias á la pública utilidad, á las leyes mas sabias, y á las intenciones mas rectas y benéficas de los Soberanos. ¿Quánto hay de esto en todos los Imperios? Infinito. ¿Quánto abunda esto en los dominios del Rey de España? Puede ser que mas que en otro alguno; porque la extension y situacion de estos dominios los hace mas aptos para producir en ellos esta zizafia, la qual cunde y se propaga á pesar de la mayor vigilancia. Y aunque al Soberano, y aun á los Ministros in-

(1) Impossibile est ut non veniant scandala. *Luc. XVIII. 1.*

(17)

mediatos al Rey, se le ocultan muchos de estos defectos, á lo ménos los mas notables llegan á su noticia. Veía nuestro Rey con sus propios ojos, y tocaba con sus manos con mucha frecuencia sin efecto su zelo, sin observancia sus providencias mas justas, desvanecidas sus mejores intenciones, desconcertados sus mas útiles proyectos dirigidos al bien de sus vasallos, arruinando tal vez en pocas horas lo que habia costado mucho tiempo de edificar, y sin ningun fruto el campo, en cuyo cultivo y sementero se habian empleado sus desvelos, su continua sollicitud, y acaso una buena parte de su hacienda. ¿Habria despacho alguno en que no troppezase el Rey con transgresiones é inobedencias de esta naturaleza? ¿Qué pocos habria! Y ¿estas inobservancias ó desobedencias, las quales ordinariamente van revestidas y acompañadas del desprecio expreso ó interpretativo, inflamaban el ánimo de CARLOS III? ¿Este desprecio que hiere la niña de los ojos de la soberanía enfureció su ánimo? ¿Le rindió alguna vez á la ira? No, oyentes devo-

tísimos. El Rey sentia con mucho dolor los desórdenes, las injusticias, las violencias hechas á los pobres y desválidos, la prepotencia de los ambiciosos y avaros, las maquinaciones y ardides de la envidia, la indolencia de los Magistrados, la negligencia de algunos Ministros, la injusticia de los Tribunales, y por decirlo brevemente, sentia con amargura de su corazon la corrupcion de las costumbres, y la poca emienda que habia en ellas, á pesar de su zelo y de su vigilancia. Todo esto, que es sumamente desagradable á un Rey zeloso y amante de la justicia y del bien de sus vasallos, y que á otros Príncipes ménos moderados los inflama, y les hace empuñar la espada de la suprema potestad, haciendo, tal vez, estragos con ella, no irritaba el corazon del Rey contra los delinquentes. Porque superior á la ira no se servia de ella sino contra los vicios y desórdenes, con quienes era irreconciliable, tratando á los delinquentes, ó con disimulo, ó con blandura, ó con clemencia, sin echar mano aun de la severidad sino rarísima vez; forzado de la ne-

ce-

cesidad, y haciéndose violencia á sí mismo. Así se habia hecho dueño de la ira, y la habia sujetado con tanto empeño, como si careciera de esta pasion, cuyos desórdenes pocas veces se hallan distantes de la soberanía. De aquí nacia aquella particular atencion que tenia en no molestar á los que servian en su Real Palacio, y á su propia persona, sufriendo sus defectos sin perturbacion, y sin entristecer á los que los cometian, de lo qual pudieran referirse innumerables exemplos de esta moderacion, que suele ser muy rara, no solo entre los Soberanos, sino en otros de muy inferior condicion.

Algunos que se tienen por muy zelosos del bien público, claman pidiendo justicia contra los delinquentes, y si no se hace tan sangrienta como ellos desean, no se detienen en censurar la conducta de los Superiores mas prudentes y moderados. Estos tal vez habrán censurado la de nuestro Rey, calificándola, ó de indolencia, ó de flaqueza ó de pusilanimidad; pero este es uno de los grandes errores y precipicios adonde conduce el falso ze-

lo, el qual animado, no de la caridad que es paciente y sufrida, sino de la ira, es uno de los enemigos del género humano, que junto con el poder y la soberanía hace y ha hecho en el mundo innumerables estragos. Estos no saben de qué espíritu son, como dice nuestro Señor en el Evangelio (k). Esta sabiduría, dice el Apóstol Santiago (l), no viene de la fuente de ella que está en lo alto, es terrena, animal, diabólica. Nuestro Rey no fué indolente, ni en su gobierno hubo flaqueza ni pusilanimidad. Fué zeloso, pero supo moderar y sazonar su zelo con la sal de la mansedumbre y de la paciencia, con las quales armado y bien prevenido, si en una providencia no lograba todo el efecto que deseaba, añadía la segunda; si esta no lo producía, añadía la tercera; y nunca desistía de perseguir los vicios que perjudican á sus vasallos y al Estado. Es verdad que esto lo ha-

(k) Nescitis cujus spiritus estis. *Luc. IX. 55.*

(l) Non est ista sapientia desursum descendens: sed terrena, animalis, diabolica. *Jacob. III. 15.*

hacia siempre sin estrépito, y sin echar mano del rigor, pero esto no es indolencia: esto es ser zeloso con moderacion: esto es ser prudente, sabiendo que la dureza y el rigor no rinde los corazones de los hombres, como lo consigue la paciencia, la mansedumbre, la moderacion y la dulzura. No hay Superior alguno que no guste de ser obedecido. Y quanto mayor es la dignidad que los eleva sobre los demas hombres, tanto se estiman mas acreedores á los tributos de la veneracion y de la obediencia. Y quando se ven defraudados de esto, los Superiores de ánimo pequeño se turban, se irritan y echan mano de la espada de la autoridad, haciéndose obedecer de aquellos que rehusan hacerlo por amor á las leyes y al Superior. Esta obediencia es servil, es de poca duracion, y no muda el corazon de los hombres haciéndoles amar la virtud y aborrecer el vicio. Ordinariamente produce mucho mal, y poco ó ningún bien. Por el contrario el Superior de ánimo grande, y revestido de aquella mansedumbre, que los hace dueños de toda la tierra, como dice

Je-

Jesús Christo en el Evangelio (m) no se turba porque se vea desobedecido; ni se irrita contra los transgresores y refractarios; ni echa mano á la espada de la autoridad precipitadamente ni á impulsos de la ira; espera mejor ocasión; repite sus providencias, y aguarda aquel momento feliz en que los súbditos convencidos del zelo y amor con que el Superior busca y solicita, no su propio interés y utilidad, sino la suya, se rinden, se convencen, abrazan y executan con gusto aquello mismo que ántes les causaba enojo. Esto no es indolencia: esto es prudencia consumada: esto es gobernar segun los principios del Evangelio: esto es gobernar excluyendo á la ira, la qual es incapaz de obrar virtuosamente, como dice el Apóstol Santiago: *Ira enim viri justitiam Dei non operatur* (n). Esto es gobernar con espíritu de mansedumbre considerando la flaqueza humana, la qual

no

(m) Beati mites quoniam ipsi possidebunt terram. *Matth. V. 4.*

(n) *Jacob. I. 20.*

no se cura con el cauterio de la ira, sino con el oleo de la misericordia. Este era el gobierno de nuestro amado difunto Rey CARLOS III. Gobierno dulce, gobierno prudente, gobierno sin estrépito, gobierno sin ira, gobierno evangélico, gobierno que no se consigue sino habiendo puesto la ira en sujecion á la razon y á la Ley de Dios. Empresa, no de ánimos pequeños, sino de ánimos grandes, y mucho mayores que el que tuvo Alexandro, el qual no se debe llamar el Grande sino por su grande ambicion, por su gran presuncion, por su gran vanagloria, por su grande avaricia, para cuya satisfaccion era pequeña toda la tierra y quanto habia en ella. Este Alexandro, á quien injustamente se le llama Grande, fué muy inferior en el ánimo á CARLOS III. No es esto adulacion, no. Es gran verdad. Alexandro fué un miserable esclavo de sus pasiones: toda su vida fué baja y servil, sacrificada á los antojos, al capricho y al desorden de sus deseos. Y habiendo servido á sus pasiones, entre otras de las que le domináron fué la ira, propísima de ánimos pequeños.

queños, con la qual, despues de haber destruido la tierra, sacrificó la vida de algunos de sus amigos. Esto no es de ánimos grandes, sino de pequeños y serviles. Nuestro Rey, sí, que tenia ánimo grande, ancho, superior á sus pasiones, superior á la ira, y superior al de los mayores Conquistadores. *Mellior est vir patiens viro forti*, dice el Espíritu Santo (o); *& qui dominatur animo suo expugnatore urbium*. Ah, sabía muy bien nuestro amado Rey los estragos que causa en el mundo la ira, y especialmente la de los Príncipes y Soberanos, quando estos poco atentos á dominarse á sí mismos, se gobiernan por impulsos de la ira y de la indignacion. El Espíritu Santo dice, que la indignacion del Rey es correo de muerte: *Indignatio Regis, nuncii mortis* (p). La indignacion de Asuero fué un correo de muerte que se le anunció á Aman (q). La indignacion de Saul mas de una vez fué correo

(o) Proverb. XVI. 32.

(p) Proverb. XVI. 14.

(q) Appendite cum in eo. *Esther VII. 9.*

de muerte que se le avisó á David, el qual valiéndose del aviso pudo evitarlas (r). Séneca dice que quando la ira habita juntamente con el poder, es un rayo disparado de una nube que todo lo destroza y arruina: *Ubi ira cum potentia habitat fulmen est*. La ira en todos es horrible, pero en los Soberanos es ferocísima y correo de muerte. Leed, si os place, la descripcion que nos hace Plinio del Emperador Domiciano, en el Panegírico que hizo de Trajano, prudente, afable, accesible, contraponiéndole á Domiciano intratable, suspicaz, desconfiado, temeroso de sus propios vicios, de aspecto horrible, en cuya frente tenia su asiento la soberbia, y la ira salia con abundancia por sus ojos (s). Aquí veréis

co-

(r) Tenebat Saul lanceam, & misit eam putans quod configere posset David cum pariete. *I. Reg. XVIII. 10. 11.*

(s) In occurru visuque terribilis: superbia in fronte; ira in oculis, femineus pallor in corpore, in ore impudentia multo rubore suffusa: non adire quisquam, non alloqui audebat, tenebras semper secretumque captantem, nec unquam ex solitudine sua procedentem, nisi ut solitudinem faceret. *Plin.*

como la ira y la indignacion injusta de un Príncipe es un correo que avisa y amenaza con innumerables desgracias, y despues de estas con la mayor de todas que es la muerte. Sabia nuestro Rey que la ira del Príncipe aterra, confunde y amedrenta como el bramido del leon, segun dice el Espíritu Santo. *Sicut fremitus leonis ita & Regis ira* (t). V. San Basilio dice (u), que el bramido del leon hace tal impresion en los otros animales, y los amedrenta de modo, que aunque sean muy ligeros, y puedan librarse del riesgo con la fuga, quedan atónitos, inmóviles y sacrificados á la ira de aquella fiera. Bien sabidos son los estragos causados por la ira de Neron, á quien llama leon el Apóstol San Pablo (x): los que executó y deseaba executar Calígula: los que causó Domiciano, y otros

(t) *Proverb. XIX. 12.*

(u) Cui (leoni) tanta quoque vocis eliciendæ natura præstitit instrumenta, ut animantium complura longè ipso celeriora solo sæpe rugitu capiantur. *Bas. hom. 9. Hexam.*

(x) Liberatus sum de ore leonis. *D. Paulus II. ad Tim. IV. 17.*

otros monstruos semejantes, que dominados de la ira han ocupado el trono para azote y castigo del género humano. Todo esto sabia bien nuestro Rey, y por eso con particular estudio, aplicacion y constancia procuró siempre y consiguió dominar la ira, separarla de su gobierno enteramente, abrazando en su conducta la clemencia, la qual, como dice el Espíritu Santo, es una lluvia blanda y tardía que vivifica las hierbas, recrea las plantas, las hace producir copioso y sazonado fruto, y alegra toda la tierra. *Et clementia ejus quasi imber serotinus* (y). Esta virtud fué muy amada de nuestro Rey, la compañera inseparable de su gobierno, ó por mejor decir el alma de sus providencias. Pero esto no se logra sino es con regirse bien á sí mismo, haciéndose dueño de sus pasiones, y particularmente de la ira. No han faltado sucesos particulares en los quales se ha manifestado quan distante se hallaba de la ira el Real ánimo de S. M. aun quando directamente era injuriada no solo la

so-

(y) *Proverb. XVI. 15.*

soberanía, sino tambien su Real Persona. El Emperador Teodosio el Grande (2) hizo una ley digna de la magnanimidad de aquel Príncipe, el qual no obstante de ser digno por sus excelentes virtudes de los mayores elogios, tuvo que hacer penitencia pública por los excesos de la ira, que fuéron muy sangrientos y funestos para la Ciudad de Tesalónica, en satisfaccion de los quales dictó esta ley: No queremos, dice, que esté sujeto á pena alguna, ni que padezca ningun duro y áspero tratamiento qualquiera que olvidado de la modestia injurie nuestro nombre y nuestro

(2) Lib. IX. tit. 7. cap. *Si quis Imperatori*. Si quis modestie nescius & pudoris ignarus improbo petulantique maledicto nomina nostra crediderit laceranda, ac temulentia turbulentus obtrektor temporum nostrorum fuerit, cum poenae nolumus subjugari, neque durum aliquid nec asperum volumus sustinere: quoniam si id ex levitate processerit, contemnendum est; si ex insania, miseratione dignissimum; si ab injuria, remittendum. Unde integris omnibus hoc ad nostram scientiam referatur, ut ex personis hominum dicta pensemus, & vestrum pratermitti an exquiri debeat, censeamus. Dat. vi. Id. Aug. Constantin. Theodos. A. III. & Abundantio Cons. CCCLXXXIII.

tro gobierno: porque si esto procede de ligereza, es digno de desprecio; si de locura, es digno de compasion; y si por injuria, es digno de perdon. Esta ley del Gran Teodosio, que con letras de oro debia estar escrita en el gabinete de todos los Soberanos, la tenia altamente impresa en su corazon nuestro Católico Monarca. Esta ley le gobernaba, y sujeto á ella sujetó á sí las pasiones de ánimo, y especialmente la ira. Empresa propia de corazones magnánimos.

No bastaba para regirse bien á sí mismo que el espíritu de nuestro Rey se hubiese hecho dueño de la ira, sujetando esta fiera al imperio de la razon, y al de la ley del Evangelio. Esto es mucho, muy necesario, y muy difícil de conseguir, pero no es bastante para que la república interior del ánimo esté bien gobernada, y ordenada de suerte que cada pasion ocupe su lugar, de cuyo concierto y buena armonía resulta la paz interior. Y para esto, domada la ira, era menester igualmente que nuestro Rey moderase la impaciencia y la tristeza, producidas en el ánimo mal

re-

regido por los trabajos y adversidades. En esto fué tan solícito y diligente nuestro amado difunto Monarca, como en sujetar la ira. El trono ordinariamente es mirado por aquellos que juzgan muy superficialmente, como un monte muy elevado, digámoslo así, como el Olimpo, cuya eminencia excediendo en altura á las nubes, se halla exenta de los vientos impetuosos, de los uracanes, y de las tempestades á que están sujetos los sitios y lugares inferiores. Los hombres vulgares miran al trono como una region, adonde no llegan las adversidades y trabajos á que estamos sujetos indistintamente todos los hombres que moramos sobre la tierra, la qual realmente es habitacion desierta (a), sin camino, y sin agua, como dice el Real Profeta. Pero ¡ó qué engaño! El azote de las adversidades y tribulaciones es comun á todos los hombres, mas ó menos, y si hay alguna distincion entre estos, no es otra sino que la tribulacion y adversidad descargan con mucha mas fuerza sus golpes sobre los

(a) In terra deserta & in via & iniqua. Ps. LXXII.

los Palacios de los Príncipes, que sobre las humildes chozas. Porque los poderosos suelen ser poderosamente contradecidos, humillados y atormentados (b). Sobre los que viven y suben á la eminencia del trono hay otro Señor, que le tiene mas elevado (c), el qual á unos humilla y á otros exalta (d). A los pobres hambrientos los llena de bienes, y á los fastidiosos ricos los dexa vacíos y ansiosos de un bocado de pan (e). Oyentes, las adversidades llegan al trono, y no es ménester poca paciencia para no quedar triste, desalentado y abatido en ellas. Necesita un Príncipe de mucha paciencia para que su espíritu se conserve superior á las adversidades. Tal fué el de nuestro Católico y amado Rey CARLOS III. el qual puesto en la fragua de la adversidad por la Divina Providencia, y por aquel Señor

que

(b) Potentes autem potentior tormenta patientur. Sap. VI. 7.

(c) Quia excelso excelsior est alius. Eccl. V. 7.

(d) Hunc humiliat, & hunc exaltat. Ps. LXXIV.

(e) Esurientes implevit bonis, & divites dimisit inanes. Luc. I. 53.

que corrige á los que ama (f), y prueba á los suyos, como el oro es probado y examinado en el fuego (g), ni se entristeció en la adversidad, ni desfalleció en ella, ni dió lugar á la impaciencia; ni tuvo en su corazón otra cosa en las adversidades, que la resignación con la divina voluntad y la conformidad christiana en las disposiciones del Todopoderoso. No fueron pequeñas ni pocas las adversidades que sufrió nuestro amado difunto Rey; pero todas las padeció con gran paciencia, con admirable constancia, y con un ánimo muy superior á ellas. Hizo y tuvo por mar y tierra expediciones desgraciadas; no porque estas empresas fuesen injustas, ni poco premeditadas, ni mal dirigidas, sino porque el Dios de los Ejércitos las inutiliza quando quiere, y las hace felices y victoriosas quando le place, segun los designios de su Providencia, que únicamente sabe el momento en el qual con pequeños ejércitos son vencidos los grandes,

y

- (f) Ego quos amo, arguo & castigo. *Apocal. III. 19.*
 (g) Tanquam aurum in fornace probavit eos. *Sap. III. 6.*

y los débiles son mas esforzados que los robustos. Estas adversidades que nunca suceden sino con grave perjuicio de la Nación y del Estado, para un Príncipe como CARLOS III. que solo por amor á sus vasallos, á sus intereses y utilidad las emprendió, fueron un golpe muy doloroso y amargo. La preciosa isla de Cuba, parte muy principal por su situación de la América Española, fué tomada por los enemigos, bien que á costa de mucha sangre. Esta pérdida muy sensible obligó al Rey á hacer una paz nada ventajosa, en la qual fué preciso para recuperar la isla de Cuba, ceder á la superioridad de los enemigos las dos Floridas. Estas adversidades que hirieron de lleno el ánimo de toda la Nación, y principalmente del Rey, lisongeáron no poco la ambición y avaricia de unos enemigos nada moderados, los quales desde luego concibiéron no pocas esperanzas de hacerse dueños de otras Provincias Americanas sujetas al dominio Español. Todas estas desgracias acompañadas de otras muy sensibles eran bastantes para entristecer y apocar otro ánimo y espíritu mé-

e

nos

nos paciente que el de nuestro Rey, el qual armado de una paciència admirable, y confortado con el testimonio de su buena conciencia, no dió lugar en su corazon ni á la impaciencia, ni á la tristeza, ni al abatimiento. Apoyado siempre con firme esperanza en la benignidad del Omnipotente aguardaba con serenidad aquel momento, en el qual el Señor trueca los golpes mas fieros en caricias, y las adversidades en prosperidades. No desfalleció como los Discípulos amenazados de naufragio, porque sabia que el Señor, que á veces está como dormido para favorecernos, despertará y con una leve insinuacion hará calmar los vientos, sosegará el mar, y la borrasca la convertirá en calma. (b) Así le sucedió al pacientísimo Joseph (i), cuyo ánimo superior á la envidia de sus hermanos, á la calumnia de su Ama, y sin ceder al peso de las cadenas, ni á la obscuridad de la cárcel conser-

vó

(b) Et ecce motus magnus factus est in mari ita ut navicula operiretur fluctibus. *Matth. VIII. 24.*

(i) *Gen. 39.*

vó la paz interior propia de los pacientes, la qual se trueca ordinariamente en prosperidad. Así sucedió á Joseph, y así sucedió tambien al sufrido y paciente CARLOS III. como despues diré en su lugar.

Ademas de estas adversidades, en las quales se exercitó y se probó la paciencia de CARLOS III. tuvo otras mas dolorosas y sensibles. No cuento ahora la muerte temprana de la Reyna nuestra Señora, Doña María Amalia, su amada esposa, adornada de excelentes virtudes, y especialmente de prudencia, consejo y zelo, las quales le servían al Rey de no poco auxilio para el acierto de su gobierno. Otras pérdidas y adversidades tuvo mas sensibles. Deseaba S. M. con mucha ansia la sucesion de su amado hijo primogénito, entónces Príncipe de Asturias, y ahora nuestro Rey CARLOS IV. dignísimo sucesor de su Padre, y amabilísimo á todos sus vasallos. Esta sucesion era deseada de CARLOS III. como el único medio para afianzar el trono en su Real Familia, y para asegurar la paz y tranquilidad de sus rey-

nos fidelísimos, sin la qual no puede haber prosperidad alguna. Dios se la concedió; pero no le concedió mas que un brevísimo placer, sucediendo á éste la amargura y el dolor de ver muertos en la primer infancia quatro Reales Infantes nietos suyos, que como otras tantas auroras anunciaban á sus vasallos muchas bendiciones de Dios. Pero cómo tiernas flores á poco tiempo de nacidas nos privó de ellas sucesivamente el rigor de la muerte. Con el mismo designio de asegurar la sucesion á sus reynos, casó al Señor Infante Don Gabriel con la Señora Infanta de Portugal Doña Mariana. Este enlace hecho á impulso de la prudencia y del tierno amor que nuestro Rey tenia á sus vasallos, produjo fruto sazonado y precioso qual es el Señor Infante Don Pedro, con gran júbilo de los reynos de España y Portugal. A este fruto de bendicion se siguió el segundo, hijo de dolor verdaderamente, no solo por su muerte sucedida á pocos dias de haber nacido, sino tambien por la de sus Padres, los Serenísimos Infantes. Estos tres sucesos sumamen-

mente adversos y dolorosos, experimentados en pocos dias atribuláron el ánimo del Rey, pero no le apocáron, porque como á otro Job pacientísimo se le oía decir: Dios me los ha dado, y Dios me los ha quitado, sea bendito el nombre de Dios (k). A esta tribulacion se siguió luego la muerte de S. M. sin que en la enfermedad última se le advirtiese ni la menor turbacion, ni flaqueza alguna de espíritu. Antes bien lleno de serenidad y de paz rindió el último aliento de la vida, puesto su espíritu en las manos de su Hacedor. Así, oyentes, ni los sucesos desgraciados de la guerra, ni los sensibles de una paz comprada con mucho precio, ni la muerte de su amada Esposa, ni la de cinco nietos varones (sin contar los fallecidos en Nápoles), ni la muerte de su Nuera y Sobrina, ni la de su amado hijo el Serenísimos Infante Don Gabriel, ni adversidad alguna pudo mover el Real ánimo de sus quicios. Fué com-

(k) Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictum. Job I. 21.

combatido, fué atribulado, fué angustiado su espíritu, mas nunca vencido. Las fuerzas de su cuerpo consumidas en gran parte por la edad avanzada, y por las fatigas de un largo gobierno cederian tal vez á la tribulacion y á la adversidad; pero aquella grande alma se mantuvo siempre firme, constante y superior á la impaciencia, al desabrimiento y á la tristeza, á las quales se rinden los que no son dueños de sí mismos. CARLOS III. se dominaba á sí mismo, tenia el alma en sus manos, como la tenia el Real Profeta que dixo: *Anima mea in manibus meis semper* (1). CARLOS III. de feliz recordacion armado con la paciencia consiguió el dominio, la posesion y el uso de su alma: *In patientia vestra possidebitis animas vestras* (n).

Continuando el Rey la ardua y gloriosa empresa de regirse á sí mismo, vencidos los enemigos fuertes y duros, quales son la ira y la impaciencia, tenia que vencer otro enemi-

go

(1) Ps. CXVIII.

(n) Luc. XXI. 19.

go blando y lisonjero, el qual con aspecto suave exerce una tiranía tanto mas fuerte y temible, quanto es mas comun y ordinaria, en tanto grado que son pocos los que se libran de ella. Tal es la incontinencia, la qual siempre ha tenido gran séquito entre los hombres, no obstante que Dios ha procurado detener su corriente con terribles castigos.

Esta formidable pasion del amor lascivo, en cuyas redes quedan aprisionados, no solo los peces pequeños, sino tambien los grandes, no tuvo entrada en el corazon de nuestro Rey. Durante su matrimonio fué un exemplo de continencia conyugal. Y libre del vínculo del matrimonio por la muerte de la Señora Reyna Doña María Amalia fué continetísimo, como es notorio á toda la Nacion, y á todo el mundo. Huía del trato de las mugeres, sin admitir otro que aquel que es indispensable á un buen Padre de familias y á un buen Rey; huía del ocio, en cuya oficina traza y fomenta la lascivia sus proyectos; huía de toda suerte de diversiones afeeminadas y lisonjeras, en las quales insensib-

ble-

blemente se ablanda el ánimo, y se dispone para recibir las flechas envenenadas de aquella pasión, que todas producen heridas de muerte. Nadie vió al Rey ni en un teatro, ni en un bayle, ni en un concierto de música. Húta de toda ocasión de mancharse con el vicio de la luxuria, y hasta las sombras de este monstruo le espantaban; porque sabía que el que juega con la pez se mancha con ella (n): que evita los lazos el que los teme (o), y que de este vicio no se consigue victoria sino con la fuga: y que por no haber huido Salomon, el mas sabio y poderoso de los Reyes, fué vencido: por no haber temido estos lazos, quedó aprisionado: y por no haber huido este ceno, manchó su gloria (p). Pero nuestro Católico y muy casto Rey CARLOS III. atentísimo siempre á no admitir en su corazon este veneno lisonjero y mortal, con la fuga se libró de esta mancha, de este lazo, y de ser

(n) Qui tetigerit picem inquinabitur ab ea. *Ecc. XIII. 1.*

(o) Qui autem cavet laqueos, securus erit. *Prov. XI. 15.*

(p) Dedisti maculam in gloria tua. *Ecc. XLVII. 22.*

ser aprisionado de este tirano, el qual como áspid se esconde entre las flores, las delicias, las comodidades, las adulaciones, y las delicadezas de los Palacios de los Grandes y de los Príncipes mas que en otra parte alguna. Ved aquí, oyentes, como nuestro esclavizado Rey CARLOS III. se gobernó bien á sí mismo, sujetando con fortaleza y constancia la ira, la impaciencia, y la incontinencia, que son los enemigos principales que arruinan el ánimo de los hombres, le desordenan, y le confunden, haciendo que el hombre que debe ser dueño de sí mismo, sin reconocer otro superior que á la razon y á la ley natural y divina, sea esclavo rendido á sus antojos, á sus deseos, y á sus pasiones. BUEN REY FUÉ CARLOS III. rigiéndose á sí mismo.

Veamos si lo fué en el gobierno de sus vasallos. En quanto á esto lo que se puede y debe decir no es posible reducirlo al pequeño espacio de tiempo que se le concede á una oracion fúnebre ó discurso, en el qual debe tener presente el Orador no abusar de la benevolencia de los oyentes. El que fuese His-

(42)

torador del reynado de CARLOS III. que servirá de época á las felicidades de España tendrá lugar suficiente y materia abundante para tratar de la aplicacion, zelo, benignidad y extension con que atendió el Rey á hacer felices á sus vasallos. Yo me contentaré con formar un pequeño índice de las utilidades y ventajas, aunque no de todas, que la Nacion Española ha recibido y goza dimanadas del amor que CARLOS III. la ha tenido, y de su infatigable aplicacion en favorecerla. El Espíritu Santo dice en los Proverbios que el paciente y sufrido gobierna con mucha prudencia (q) : *Qui patiens est, multa gubernatur prudentia*. Esta sentencia, que puede entenderse del prudente gobierno que tiene en sí mismo el paciente y sufrido, se debe entender igualmente de la prudencia con que el paciente rige á los que tiene á su cargo. Y si CARLOS III. nuestro amado Rey fué tan prudente en el gobierno de sí mismo, ¿quánto no sería en el de sus vasallos? En el

go-

(q) Proverb. XIV. 29.

(43)

gobierno de sí mismo, y particularmente en la parte que mira al dominio y sujecion de las pasiones propias, este gobierno tiene poco atractivo, y por eso son muy pocos los que lo emprenden : sino es quando el amor á la divina ley es muy sobresaliente y dominante ; que entonces todo es llano, accesible y dulce, como dice el Profeta (r) : *Erunt prava in directa & aspera in vias planas* : ó como dice el Salmista (s) : *Pax multa diligentibus legem tuam* : y en (t) otra parte : *Ideo dilexi mandata tua super aurum & topazion*. Fuera de esto, y quando el amor de Dios y de su ley no es muy provecto, el dominarse el hombre á sí mismo es cosa áspera, dura, trabajosa, la qual ni se emprende, ni emprendida se continua, ni continuada se llega al término, sino es haciéndose mucha violencia. Así ni el Reyno de los Cielos, ni el reynar el hombre sobre sí mismo, se consigue sino

vio-

(r) Isai. XL. 4.

(s) Ps. CXVIII.

(t) Ps. CXVIII.

violentándose á sí propio. Pues si nuestro Católico y amable Rey CARLOS III. fué tan exácto y prudente en dominarse á sí mismo, en lo qual no encontraba atractivo alguno, ¿quán prudente, solícito y atento sería en el gobierno de sus vasallos, cuyas utilidades y adelantamientos formaban la mayor parte de sus delicias y placeres? ¿Qué objeto puede tener el gobierno de un buen Rey dirigido al bien de sus vasallos, que no lo fuese del zelo y del amor que CARLOS III. tenía á los suyos? Todo el bien de una Nacion Católica gobernada por un Príncipe que tiene por una de sus mayores glorias el serlo, se encierra en dos cosas, es á saber, en la extirpacion de los vicios, en el cultivo de todas las virtudes christianas, y en la conservacion y adelantamiento de sus intereses temporales. Que es lo mismo que decir, que todos los bienes de una Nacion Católica estan reducidos á los adelantamientos espirituales y temporales. Estos dos objetos, á los quales se reduce toda la felicidad de un Pueblo ó de una Nacion, los tuvo tan presentes nuestro Católico Rey,

co-

como que ellos eran el norte de todas sus operaciones, los que le ocupaban la mayor parte del tiempo, y los que únicamente se habian hecho dueños de su corazon. El que aborrecia los vicios en sí mismo, los aborrecia en todos sus vasallos, y deseaba exterminarlos. No sufría los escándalos, y aunque fuesen personas muy distinguidas las que los daban, no los disimulaba: ó los corregía suavemente, ó los remediaba valiéndose de algun pretexto, ó los castigaba quando los medios suaves, á que le inclinaba su clemencia y benignidad, no producian la emienda deseada. No sufría que hubiese escándalos ni pecados públicos, los quales delante de Dios se imputan á los Superiores indolentes, que gobernados por una falsa misericordia de la humana flaqueza, dexan correr impunemente los vicios. Estos no son misericordiosos como piensan, son homicidas de sus súbditos y de sus hermanos: *Sanguinem eorum de manu vestra requíret Dominus* (u). Y para no tener

cs-

(u) Ezech. III. 20.

esta formidable responsabilidad á Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta, se emiende y viva; nuestro Rey no omitia diligencia alguna, ya fuese paternal, ya judicial, para arrancar los escándalos de su pueblo. ¿Quántas providencias, disposiciones y Cédulas Reales durante su reinado se han dirigido repetidas veces á desterrar de todo el reyno la ociosidad, la holgazanería, la artificiosa y falsa mendicidad, el juego y otros vicios, que tolerados conspiran al enflaquecimiento y ruina del Estado? Todos sabemos que son muchas. No son ménos las dirigidas contra los vagos, ladrones, usureros, vándidos, gitanos, contrabandistas, y otros que afligen, perturban y destrozan la paz interior de las familias, sus haciendas y sus vidas, empleando para refrenar á estos viciosos una buena parte de su ejército destinado á la defensa y conservacion del reyno. Con el mismo estudio y zelo con que persiguió los vicios, procuró patrocinar las virtudes, fomentarlas y hacer todo lo posible para que diesen abundante fruto. Durante su reyna-

nado se han erigido nuevos Obispos, así en la América como en nuestro Continente, aumentando el número de los Pastores, para que el rebaño de Jesu-Christo tuviese en mayor número quien atendiese á su buen pasto espiritual, á su exemplo, á su conservacion y á su defensa. Los Prelados zelosos han encontrado siempre en CARLOS III. toda la proteccion que ha necesitado su zelo prudente y moderado, para promover en sus Diócesis la disciplina christiana y eclesiástica, á pesar de todos los que con varios pretextos sostienen los abusos que la manchan y la destruyen. La misma benignísima acogida ha encontrado en nuestro difunto Rey la disciplina Regular. Baxo su proteccion Real en algunas Religiones se han fundado Monasterios y Casas de Releccion, haciendo se observe en ellos exáctamente la vida comun, sin la qual es imposible moralmente restituir á su primitivo vigor la Disciplina Monástica, ni que se conserve despues de restituida. El detestable abuso de contraer matrimonio los hijos de familia sin el consentimiento ni bendicion

cion de sus Padres, contrario al Derecho Natural y Divino, muy poco conforme con el Derecho Canónico, y no poco perjudicial al Estado, se ha desterrado con las sabias providencias de nuestro Monarca. ¿Qué dirémos de su zelo y piedad en promover el culto de la Virgen María, y principalmente el del Misterio de la Inmaculada Concepcion? A instancias y ruegos de este piadosísimo Rey se ha añadido á los dictados que la Virgen María tiene justamente en la Letanía Lauretana, el de *Mater Immaculata*, por disposicion de la Santa Sede. Y de ésta misma ha obtenido para Protectora de sus dominios á la Virgen María en su Inmaculada Concepcion. Y á gloria de esta Señora ha fundado la Real distinguida Órden que para siempre se llamará de CARLOS III. ¿Qué dirémos del respeto y veneracion con que nuestro Rey miró siempre á la Santa Sede? ¿Qué dirémos del amor y ternura con que cultivó la Religion Católica como la prenda mas preciosa de su reyno? ¿Qué del enojo con que miraba las novedades que siempre han sido contrarias y perniciosas al espíritu de la

ver-

verdadera Religion? ¿Qué del horror que tenía á los Filósofos autores y fautores del libertinage y de la corrupcion de las costumbres, hombres presuntuosos que pretenden minar los cimientos del robustísimo edificio de la Religion Christiana? Esto no se puede decir en poco tiempo. Basta insinuarlo para que entendamos, que nuestro difunto Rey fué gran perseguidor de los vicios, y gran protector de las virtudes, de la disciplina Christiana, de la Monástica, de la Eclesiástica, y de quanto era conducente y necesario para que sus vasallos fuesen buenos christianos y buenos católicos, aborreciesen los vicios y amasen las virtudes.

Parece que un Rey, en cuyo ánimo ocupaba mucho lugar la propagacion de la fe en los Indios infieles Americanos, de cuya conversion fué muy solícito, la pureza de la fe, la verdadera piedad con que es venerado el santo nombre de Dios, y el aprovechamiento espiritual así propio como de sus vasallos, no podría atender á sus intereses y adelantamientos temporales. A la verdad no

g

hay

hay mas que una cosa necesaria: *Unum est necessarium* (x). Este solo, grande, é importantísimo objeto no es otro que adquirir la vida eterna por medio de la fe, esperanza y caridad con que Dios debe ser servido y venerado sobre la tierra. Este es aquel *uno* necesario que debe ocupar el primer lugar en nuestro corazon. Pero yerran enormemente todos aquellos que piensan, que para atender á este *uno* necesario se deben desatender, como de poca consideración, todas las cosas temporales, mirándolas como otros tantos estorbos que impiden la consecucion de aquel *uno* necesario. Y conducidos algunos de este error y falsa piedad emplean todo el tiempo, ó la mayor parte, en la leccion espiritual, en la oracion, en la asistencia á los Templos, en la frecuencia de los Sacramentos, y en otros ejercicios devotos, sin trabajar ni hacer trabajar á los que estan á su cargo, sin cuidar de la crianza de sus hijos, ni de su adelantamiento y colocacion, ni de la

con-

(x) Luc. X. 42.

conducta de sus domésticos, ni de oficio alguno indispensable á un buen padre de familias. Esta devocion y piedad es falsa, y sumamente perjudicial, no solo al Estado, sino á la Religion. El Apóstol San Pablo dice (y): *Que si alguno es negligente en el cuidado de su familia y de sus domésticos, ha renegado de la fe, y es peor que un infiel*. Aquel *uno* necesario es el fin adonde debe dirigirse nuestro cuidado y solicitud. Los medios que nos conducen á este fin es el cumplimiento exacto de las obligaciones del estado de cada uno. Y sin esta atencion no se camina hácia aquel *uno* necesario. Quiero decir, que el Padre de familias se ha de ocupar en todo lo perteneciente al gobierno, conservacion y adelantamiento de su casa, al de sus hijos y al de sus domésticos, dirigiéndolo todo esto á la consecucion de aquel *uno* necesario. Lo mismo respectivamente debe hacer qualquier Su-

pe-

(y) Si quis autem suorum, & maxime domesticorum curam non habet, fidem negavit, & est infideli deterior. I. Tim. V. 8.

perior, qualquier Magistrado. Lo propio debe practicar un buen Ministro y un buen Rey; y no haciéndolo, con las obras ha renegado de la fe que profesa, y es peor que un infiel. ¡O cuán altamente tenia impresa en su ánimo esta doctrina el gran CARLOS III! Mejor que mis palabras y las de qualquier Orador lo dicen sus obras. Fuera de aquel tiempo que tenia destinado para oír Misa, frequentar los Sacramentos, y algunos ejercicios de piedad christiana, lo restante por la mayor parte lo empleaba en los adelantamientos y utilidades de sus vasallos con tan notorias ventajas, que acaso en dos siglos no ha experimentado la Nacion, ni ha hecho los progresos que en solo el reynado de CARLOS III. En los 30 años que duró, se edificaron y se están edificando Hospicios, no para recoger y mantener á los pobres solamente, que esto acaso es mas perjudicial que útil, sino para hacer trabajar á los que son mendigos y ociosos, y facilitar jornal para los que son aplicados. Proyecto que, si se sostiene con firmeza y constancia por los Magistrados, y por los demas que

tie-

tienen á su cargo el gobierno de estas casas, es medio eficaz para desterrar la mendicidad. En su reynado vemos erigidas las Juntas de caridad, dirigidas al socorro y alivio de los enfermos pobres y vergonzantes. Otras Diputaciones encaminadas á curar los enfermos en sus propias casas, sin apartarlos de sus familias, ni exponerlos á los inconvenientes de los Hospitales. En su reynado vemos establecidas escuelas gratuitas, en donde son instruidos en las primeras letras y rudimentos de la Religion Christiana los niños pobres, y otros que no lo son. En su reynado ó se han fundado de nuevo Seminarios para la instruccion de la nobleza, ó se han adelantado notablemente los ya erigidos. En su reynado se han fundado Seminarios Conciliares, en donde se enseñan los estudios eclesiásticos necesarios para formar la juventud destinada al servicio del Santuario, y de los demas ministerios espirituales en que debe emplearse el Clero. ¿Qué diremos de las ventajas y progresos que han hecho en el reynado de CARLOS III. la agricultura, el comercio y la industria? No hay Ciudad, Villa,

Ha ni Pueblo alguno que no tenga pósito de trigo y de otros granos, así para socorro de la carestía que algunos años se experimenta, como para auxilio de los labradores. Los beneficios que de aquí resultan á la agricultura son notables y crecidos. Y sin este auxilio se dexarian de sembrar muchas tierras aptas para coger en ellas abundantes frutos con gran perjuicio de la Nacion. Se ha establecido el libre comercio en lo interior del reyno, y para fomentarle se estan construyendo magníficos caminos, que facilitan los transportes; y para la comodidad, decencia y asistencia de los viajeros se han edificado y edifican posadas dignas de la magnificencia del Rey. Al comercio de la América Española se le han quitado las trabas que le tenian reducido á un solo puerto. Se ha extinguido una compañía, que ella sola podia hacer el comercio de un género no ménos abundante que precioso y necesario. Se ha fundado el Banco Nacional de San Carlos, la Compañía de Filipinas. Y para facilitar y fomentar el comercio ultramarino de los dominios Americanos y Asiáticos con nuestro

Con-

Continente, se han puesto correos, necesarísimos para los intereses y gobierno de ambos mundos. El deseo y las diligencias de promover la industria popular se ha hecho general en toda la Nacion. A imitacion de la Sociedad económica de Madrid se han establecido otras muchas en España. Y como en aquella se han alistado en el número de los Socios el Serenísimo Señor, entónces Príncipe de Asturias, y ahora nuestro amado Rey CARLOS IV. y los Reales Infantes sus hermanos, así en las otras Sociedades se han alistado en el número de los Socios los sujetos mas distinguidos, ó por su nacimiento, ó por su talento, ó por su experiencia y conocimientos en la Economía Civil. De suerte que estas ilustres Sociedades prometen un manantial de utilidades á la Nacion. Las que producen el cultivo y adelantamiento de las ciencias no estuviéron olvidadas de CARLOS III. Su atencion á todo lo útil para sus vasallos tenia muy presente que esta era una de sus mayores utilidades, como que el Espíritu Santo dice que la multitud de los Sabios es la salud y sanidad del mundo:

Mul-

Multitudo autem Sapientium sanitas est orbis terrarum. (2). Hoy vemos promovida, mejorada ó restaurada toda especie de estudio literario. El estudio de la Química, el de la Medicina, el de la Botánica. A costa de muchas diligencias y grandes expensas envió el Rey sujetos instruidos en la Botánica, para que recorriesen el vasto reyno del Perú, y se instruyesen de las plantas y yerbas que produce aquel fecundo terreno, útiles para la Medicina y la Química, con quienes la Botánica tiene íntima union. ¿Qué diremos del estudio de la Historia Natural? ¿Qué del Gabinete abundante y precioso que la Real magnificencia ha erigido en Madrid para facilitar este necesarísimo estudio? ¿Qué diremos del estudio de las Matemáticas, del de la Astronomía? ¿Qué del estudio de las lenguas Orientales, importantísimo, especialmente para la inteligencia de la Santa Escritura, y para el adelantamiento de la Sagrada Teología? A la vista tenemos nuestra sabia y esclarecida Universidad, madre de

va-

(2) Sap. VI. 26.

varones sapientísimos, cuyos estudios ha promovido y mejorado el Rey con sabias disposiciones y copiosas rentas. Las nobles Artes de Pintura, Escultura, Arquitectura y Grabado han sido promovidas con particular estudio del Rey, como uno de los ramos de utilidad conducentes al beneficio y esplendor de su reyno. Estas Artes bellas y nobles, si no desconocidas, muy deterioradas en España, fueron restablecidas por el Señor Fernando VI, de buena memoria, fundador de la Real Academia de San Fernando en Madrid. Y CARLOS III. fundó y dotó la de San Carlos en Valencia, cuyos progresos y adelantamientos hacen ver que para aprender estas Artes no necesitamos de Roma, que está en la posesion de ser maestra de ellas en toda la Europa, y aun en todo el mundo. ¿Qué diremos, oyentes, de nuestra Marina, y de la Real Armada? Nunca la ha tenido la Nacion, ni tan numerosa, ni tan robusta, ni tan instruida, comenzando de los primeros rudimentos de la Náutica, hasta los últimos de la Táctica Naval. Para ello hay escuelas en Cádiz tiempo hace: y ahora posterior-

b

men-

mente instituidas en Cartagena y en el Ferrol. La disciplina Militar respectivamente ha hecho los mismos progresos, para cuya enseñanza está la escuela de Barcelona; para la Artillería, que está notablemente adelantada, la escuela de Segovia, y para la Táctica la de Ocaña y Avila. A estas utilidades internas del reyno se han seguido otras exteriores, engrandeciendo sus dominios. Ambas Floridas á los 20 años de haberse cedido se han vuelto á reunir al dominio de la Nación. La Isla de Menorca, despues de 70 años que estaba en poder de Inglaterra, ha sido conquistada por las armas Españolas. La Luisiana, y las Islas de Anabon y Fernando del Po, se han añadido á los dominios Españoles. ¿Qué mas hay que decir de las utilidades y adelantamientos que nuestro Rey CARLOS III. ha deseado, procurado y logrado en beneficio de sus amados vasallos? Todavía falta que decir; y si se hubiese de decir todo, ántes faltaria el tiempo que la materia. Lo que no se puede omitir sin incurrir en la nota de negligente es la profundísima paz que logra la Nación al presente, la que nunca
ha

ha tenido de muchos siglos á esta parte. Paz con la Corte de Marruecos, con la de Constantinopla, con la Regencia de Argel, con la de Trípoli, y con la de Tunez. Esta paz incógnita para nuestros mayores es tanto mas preciosa y útil para la Nación, quanto era perjudicial una guerra antiquísima, continua, en la qual se sacrificaban los intereses, la libertad, y tambien la vida de innumerables vasallos. Esta era una guerra de la qual no se esperaba utilidad alguna, y producía la ruina de la marina y del comercio, en el Mediterráneo á lo ménos. Pero el desvelo y la constancia de CARLOS III. ya con las armas en la mano, ya con repetidas expediciones contra los Berberiscos, ya con negociaciones ha reducido los ánimos de aquellas Potencias á la paz, poniendo término á las desgracias de una guerra que se habia hecho hereditaria en la Nación. De suerte que los Españoles sin riesgo navegan por todo el Mediterráneo con mayor seguridad que la que ántes tenían navegando por sus costas. Todo esto que voy insinuando se ha hecho, establecido, reformado, mejorado
b 2
y

y conseguido en los 30 años del reynado de CARLOS III. en España. La posteridad acaso no creará que un Príncipe, no libre de los embarazos y molestias de la guerra, atendiese á tantas cosas gravísimas, y cada una de ellas merecedora de toda la atención y vigilancia de un Rey sacrificado al bien de sus vasallos; pero nosotros lo vemos; no podemos dudar-lo, debemos sí admirarlo, reconocerlo, y con íntimo placer de nuestro espíritu decir: CARLOS III. FUE BUEN REY, Rey Grande, Rey Zeloso, Rey Benigno, perseguidor de los vicios, amador de las virtudes: Rey que supo regirse bien á sí mismo, y regir á sus vasallos.

¡O quantos bienes hemos perdido con su muerte! ¡O muerte de CARLOS III. quan dolorosa eres y digna de lágrimas para tus vasallos! Los Españoles que vendrán despues de nosotros, admirados celebrarán su nombre; pero nosotros que hemos estado baxo su proteccion, á cuya sombra la Nacion ha hecho tan grandes progresos, lloramos su pérdida, ó muchas pérdidas juntas, pues con la muerte del Rey, la Patria y la Nacion han perdido á

su

su Padre, los buenos su buen exemplo, los malos su emienda y corrección, los literatos su Mecénas, las Ciencias su protector, las Artes su honrador, el Comercio su fomentador, el Ejército y la Marina su Xefe, su cabeza y su alma, y aun su gloria. A todos alcanza esta pérdida; y á todos alcanza y debe alcanzar el dolor que nos ocasiona. Pero aquel benignísimo Dios y Señor nuestro que nos dió á CARLOS III. para nuestro bien, quiere consolar-nos ahora que lo hemos perdido; nos consuela que la memoria de CARLOS III. nos ha dexado huellas bien impresas de todos sus pasos, pues apenas daremos alguno, que no tropecemos con su gloriosa memoria. Si miramos las obras públicas y magníficas edificadas en la Corte y fuera de ella todas nos dicen: esta es obra de CARLOS III. Si á los públicos Estudios establecidos en la Corte, nos dicen: esta es obra de CARLOS III. Si al adelantamiento de las Ciencias, y de toda suerte de literatura, nos dicen: esta es obra de CARLOS III. Si á los progresos de las nobles Artes, del Comercio y de la Agricultura, todas nos dicen: esta es obra de CARLOS III. Si consideramos el valor

y

y la disciplina del ejército, nos dirán: estos adelantamientos son obra de CARLOS III. Si tendemos los ojos hácia el mar, y vemos sobre el agua mas de 70 navíos de línea, y otros muchos mas de inferior porte ó armamento, cada uno nos dice, que es obra de CARLOS III. Ni un paso podemos dar por los caminos públicos, sin que en cada uno de ellos se nos diga: esta es obra de CARLOS III. Este es el consuelo que nos queda despues de su muerte; que su memoria será siempre llena de bendicion, que no se apartará nunca de los hombres. Que pasará de una generacion á otra, y pasará con ansia de conservarla y hacerla eterna. *Non recedet memoria ejus, & nomen ejus requiratur à generatione in generationem.* CARLOS III. es muerto. Como uno de tantos mortales ha pagado el comun tributo de la muerte; pero no ha muerto su memoria, porque es eterna. Este consuelo nos queda á sus vasallos; pero no es solo este consuelo: vive todavía CARLOS III. Sobre el trono de España se sienta hoy una viva imagen de CARLOS III. Una viva imagen de su piedad, de su religion, de su benignidad, de

su

su amor á los vasallos, de su deseo en los adelantamientos. Ocupa el trono de CARLOS III. su legítimo sucesor, su amado hijo CARLOS IV. nuestro muy amado Rey y Señor, de cuyas virtudes y buen corazon nos prometemos llevará adelante todas las empresas de su Augusto Padre dirigidas á la gloria de Dios, á la utilidad de la Santa Iglesia Católica, y á la prosperidad de sus vasallos. Estas mismas virtudes adornan á la Reyna nuestra Señora, Doña María Luisa, para que nada nos quede que desear. Este es el gran consuelo que nos queda en la muerte de nuestro Rey CARLOS III. dispensado oportunamente por la benignidad de Dios. La memoria de las virtudes de Trajano, ocupaba de suerte el ánimo de los Romanos, que en la inauguracion ó proclamacion de los otros Emperadores que le sucedieron en el trono, decia el pueblo á grandes voces: *Augusto felicitior: Trajano melior.* Pero nosotros nos prometemos mucho mas en la elevacion al trono de CARLOS IV. á quien podemos con toda verdad manifestar nuestros deseos diciendo: Dios te haga mas feliz que á Augusto, y mejor que á Trajano. Pero esto es

po-

poco, y nada oportuno para el Rey Católico. Mejor manifestaremos nuestros deseos diciendo á CARLOS IV. nuestro amado Rey : Dios te haga tan prudente, zeloso y piadoso como á San Fernando, y tan amante de sus vasallos como CARLOS III. ¡O qué gran consuelo! ¡O qué esperanzas tan sublimes tiene la Nación! También nos consolamos, y mucho, en que CARLOS III. de buena y dulce memoria, después de haber reynado sobre sí mismo como un buen seguidor del Evangelio, y reynado sobre sus vasallos como un BUEN REY, habrá sido admitido en el Reyno de Jesu-Christo á ser participante de aquel Reyno que no tiene fin. Pero como la humana fragilidad es mucha, y son poquísimos los que salen de esta vida sin mancha, deseosos de la eterna paz de nuestro Rey ofrecemos al Señor nuestros votos y sacrificios, para que expiado de todas sus culpas, y de la pena merecida por ellas, sea recibido benignamente en los eternos Tabernáculos. Y para ello decimos, y diremos siempre que nos acordaremos de CARLOS III. *Requiescat in pace. Requiescat in pace. Requiescat in pace.* Amen.